SIN HOGAR

Bastante tarde, en la fría noche de invierno, he pasado por una silenciosa calle de la ciudad y he visto dos hombres jóvenes, astrosos, obreros miserables de las minas que, arrojados por un vigilante nocturno del sotechado de un portal donde sin duda habían buscado refugio, permanecen de pié en la acera, inmóviles, acobardados, desconsoladoramente abatidos...

He madrugado á la mañana siguiente y he pasado por el mismo sitio para ir á mi traba-

jo... En la acera están aquellos dos hombres todavía en la misma actitud... ¡Han debido de pasar así la noche!

SIN PASAPORTE

¡Cuándo habrá una policía que proteja, que dé refugio, que ponga á salvo á todos los infelices, vengan de donde vengan, vagabundos, fugitivos, víctimas, delincuentes!...

Son dos extranjeros, dos hombres, astrosos, derrotados... parece que van á la huída, perseguidos.,. ¡cazados por un fatalismo cruel!...

Su aspecto de desdichados ha llamado la atención... una atención hostil... Las buenas

gentes observan su estado deplorable, su desorientación sombría, y los miran recelosas, desconfiadas, ¡agresivamente!...

A impulsos de un piadoso instinto de conservación, alguien ha hecho reparar á la policía en la mala catadura de aquellos vagabundos que, por su presencia de miserables muertos de fatiga, de hambre y de frío, merecen seguramente todo el rigor de la Ley.

Y los agentes de policía, después de haber interrogado á los dos extranjeros con una brutalidad digna del encomio de los que se desvelan por el orden social, los han detenido por indocumentados, y los han conducido al depósito como á peligrosos malhechores...

Entre tanto, por la anchurosa calle han desfilado los dichosos, envueltos en pieles y sedas, hartos y satisfechos, tranquilos, en una venturosa paz... bañados voluptuosamente, como en tibio sol, en las miradas de ge-